

Los pericones.

Verano de pueblo. En éste los niños juegan en las calles, dan sandía a la burra Luci y saben para qué sirve una almazara, donde ven circular un sinfín de olivas relucientes hacia un destino muy sabroso.

Es un pueblo para pasear, para saludar a cualquiera, para comprar el pan en el estanco, para coger y comer higos y para descubrir calabazas gigantes de verdad, no de cuento.

Lo que sí parece de fábula son los pericones, unas plantas que salen espontáneas aquí y allá con una curiosa peculiaridad: sus flores de vivos colores se abren sólo con la puesta del sol. Como las estrellas, que en estos cielos rasos se ven infinitas.

Los pericones crecen entre las piedras viejas, junto a la puerta de las casas, donde son testigos de encuentros y acontecimientos atemporales. Ya vieron los pericones quiénes salieron de noche a hurtadillas a esconderse en la sierra, sin candil y con lo puesto. Ya sabían ellos quién mentía, quién delataba y quién intentaba continuar su vida sin hacer daño a nadie. Aunque era imposible mantenerse al margen porque les alistaban en uno u otro bando de manera aleatoria, destruyendo lealtades y separando a padres, hijos y hermanos.

Me contaron que tía Onésima se quedó sin pestañas de tanto llorar. ¡Torrentes de lágrimas tuvieron que soportar esos pericones!

Los de ahora son más frágiles y sensibles a las desventuras. Y más domesticados. Cada cuál presume de los de su fachada y los cuida como si fuesen un preciado bien. El mes pasado estuvieron arreglando la calle, Toribio se excedió con el hormigón y la planta de Emilia amaneció muerta. En lugar de lamentar el incidente Toribio espetó: "Anda y que quemem esos pericones junto con el resto de archiperres que guardan estos en la troje", comentario que ha provocado que salgan a la luz todas las rencillas conocidas e inventadas entre ambas familias. Y andamos, esta semana de verano de vacaciones, escuchando enredos de unas y otras.

Aunque dicen que no es bueno remover el pasado cuentan que se ensañaron con los abuelos paternos, pero a la abuela materna, que era curandera, partera y muy chiquinina, le tenían todos un respeto atroz y no osaban molestarla. En cambio, su consuegro estuvo preso "por delito que no consta" y dicen que el que más lloró su muerte fue Domingo, pero de puros remordimientos, porque fue él quien llevó el cuento a la guardia civil de que Valero daba comida a los maquis.

A tío Remigio le tenían con las cabras porque estaba tonto.

Y Pili, la de tía Angelita, de niña, en época de hambre y escasez, era la más espabilada porque iba a las casas pudientes fingiendo tiritonas y siempre conseguía alguna limosna.

- Ave María Purísima.

- Perdona usted, por Dios.

- Un poquillo aceite, o un cachillo pan.

Luego, desde los catorce, Pili estuvo en Madrid sirviendo en una familia, y los hijos de los señores la querían mucho y le decían "Pilar, cuéntenos más historias de cuando era pobre".

Los niños de aquí se entretenían cortando el rabo a las lagartijas y, en corrillo, mirando cómo se agitaban los miembros amputados y señalando a uno u a otro, canturreando "Putá tu madre. Santa la mía".

Dicen que en esos tiempos, tía Simona, como todas las mujeres del pueblo, recogía el pelo que se le caía, hacía ovillos y los guardaba en los agujeros de la pared de su casa hasta que venían de Talavera a comprárselos. Y de esa ciudad, y hasta de más lejos, llegaba hasta hace no mucho la Doaldi cargada de pasajeros, casi siempre caras conocidas; en la de los viernes los jóvenes estudiantes de Madrid. Los esperaban los mayores sentados en el poyo, que luego fue cambiado por un banco de madera, donde ahora se reúnen estas mujeres supervivientes que nos relatan sus memorias.

Aquí por el día el sol es inclemente. Las ovejas pelonas se resguardan apretujadas en la sombra de grandes encinas; y nosotros no madrugamos, comemos mucho gazpacho y nos movemos despacio hacia el frescor del ocaso. Entonces es cuando salimos a la calle con la silla y con todos los sentidos despiertos para no perder detalle de la tertulia improvisada que se crea cada noche ante los ojos de los pericones y bajo un cielo immaculado de pueblo.

Felinda.